

LA VISIÓN HUMBOLDTIANA DE LOS INDIOS MEXICANOS

José MIRANDA

MUY OPUESTAS IMÁGENES del indio se formaron los españoles en los primeros lustros de la conquista y colonización de América. Del ser humano admirable —hábil y bueno— al ser humano abominable —torpe y perverso—, se moverá como péndulo la imagen compuesta por los españoles, impulsada hacia allá por quienes querían al indio libre y hacia acá por quienes lo querían siervo. Por motivos históricos, Las Casas y Sepúlveda aparecen como cabezas de las dos actitudes extremas, cuyos secuaces ostentaban en sus enseñas aquellos contrapuestos tipos humanos.

Zanjadas las cuestiones fundamentales de la querrela, o sea, las de qué eran, para qué valían y cómo debían ser tratados los indios, y una vez bien sentada la experiencia que de éstos tenían sus nuevos señores, todo lo cual ocurría al entrar en su segunda mitad el siglo xvi, fueron abandonadas, públicamente por lo menos, las posiciones antitéticas y se desvaneció mucho el espíritu simplista y tajante de los primeros tiempos. En lo sucesivo, historia y realidad intervendrán bastante más en los juicios y se procederá con mayor rigor en el discurso y la matización. ¡Qué gran diferencia advertimos entre las imágenes más favorables a los indígenas que encontramos después y la efigie que de ellos pergeñó el batallador obispo de Chiapas! Ni Mendieta, ni Palafox, ni Clavijero, eminentísimos autores que escalonadamente abarcan casi todo lo que queda de dominación española, dejan de distinguir y explicar, ni de traer a cuento el pasado y el presente, al delinear sus halagüeños retratos de los naturales. “Lo que voy a decir de ellos —escribe Clavijero en su *Historia antigua de México*— está fundado sobre un serio y prolijo estudio de su pasado y sobre el íntimo trato que tuve con los mexicanos durante largos años.” Con esta advertencia quiere Clavijero distinguirse de

los autores a quienes, como él mismo indica, “la pasión y los prejuicios” y “la falta de conocimiento y reflexión” han hecho pintar a los indígenas con colores diferentes de los que debieran”.

Fuera del mundo hispano hubo en el siglo XVIII una recaída en la imagen paradisíaca del indio. Factores teóricos y políticos de gran peso determinaron la reincidencia. A la Ilustración venía de perilla una efigie que le servía para acreditar la idea del estado de naturaleza, origen y fundamento del pacto social, para demostrar la bondad ingénita del hombre, razón de la libertad, y para preconizar un nuevo régimen político, opuesto esencialmente al absolutismo, que era exhibido como brutal opresor de pueblos e individuos sencillos y pacíficos. El “buen salvaje”, calificativo aplicable a cualquier miembro de comunidades primitivas, fue quizá el mejor hallazgo que la rama más radical de la Ilustración pudo hacer al espigar en los incitantes y pródigos campos de la prístina historia de Hispanoamérica.

Esta imagen reacuñada por el Siglo de las Luces formó parte, sin duda, del bagaje intelectual con que Humboldt llegó al Nuevo Continente. Pero si acaso le atrajo antes de la arribada, poco tardó después en desdeñarla; justo el escaso tiempo que le llevaría acercarse al mundo indígena americano en tierras de la actual Venezuela. Tal desdén es manifestado por él burlescamente en el pasaje que dedica a los indios caribes dentro de su célebre *Viaje a las regiones equinocciales*. Dice allí: “Nuestros niños en mantillas sufren menos que los de los pueblos caribes, en una nación que se dice ser la más próxima al estado de naturaleza. Es en vano que los frailes de las misiones, sin conocer las obras y ni siquiera el nombre de Rousseau, quieran oponerse a aquel antiguo sistema de educación: el hombre, salido de los bosques, que creemos tan simple en sus costumbres, sólo es dócil cuando se trata de su adorno y de las ideas que se ha formado de la hermosura y la decencia.” Y si la idea del “buen salvaje” hubiera seguido actuando en Humboldt, ¿qué posibilidad le quedaba de desquite, o de recuperar el terreno perdido, cuando Alejandro pasase al Perú y a México, y conociese a las naciones indíge-

nas que antes y después de perder la independencia descollaron por su cultura y su organización político-social sobre todas las demás del Nuevo Mundo?

Sin embargo, Humboldt no se libró por completo del imperio que sobre la mayoría ejerció entonces la fábrica ideal del "buen salvaje". Un elemento fundamental de ésta, el sustentáculo edénico, sedújole más de la cuenta, haciéndole admitir, casi sin discriminación, las cacareadas excelencias de las tierras tropicales: la feracidad del suelo, la dulzura del clima y la magnificencia de la naturaleza. Implícito en este reconocimiento estaba el de otro lugar común del "tropicalismo", la vida fácil en esas arcadias, y Humboldt, procediendo lógicamente, tampoco dejaría de darle albergue. La íntima unión de lo uno con lo otro nos es mostrada en el siguiente párrafo del *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*: "Al pie de la cordillera, en los valles húmedos de las intendencias de Veracruz, Valladolid o Guadalajara, un hombre que dedique solamente dos días de la semana a un trabajo poco penoso, puede obtener el sustento para toda una familia. Y sin embargo tal es el amor al suelo natal que el habitante de las montañas, al cual la helada de una noche arrebatara frecuentemente toda esperanza de lograr la cosecha, se niega a descender a las llanuras fértiles, pero despobladas, en donde la naturaleza ostenta en vano sus dádivas y sus riquezas."

LA VISIÓN HUMBOLDTIANA de los indios mexicanos está muy próxima a las de Mendieta, Palafox y Clavijero. Si hubiera que clasificarla o agruparla, con ningunas encajaría mejor, puesto que con ellas coincide en todo lo fundamental: en el arrimo a la realidad y a la historia, y en la inclinación hacia el indígena, aunque ésta no sea tan marcada en Alejandro como en los tres autores antedichos.

Antes de abordar la parte principal de nuestro tema, conviene advertir que Humboldt contrae su visión a los indios cultivadores o sedentarios, o, aclarando más, a los indios que constituían amplias y bien organizadas sociedades políticas en el momento de ser sojuzgados por los españoles. También conviene presentar ahora dos declaraciones de nuestro autor

que afectan muy de lleno a sus pareceres y juicios sobre el carácter y la índole de los indígenas: primera, “que es preciso ser sumamente circunspecto al pronunciarse sobre lo que se acostumbra a llamar las cualidades morales o intelectuales de pueblos separados de nosotros por múltiples trabas que provienen de la diferencia de idiomas, hábitos y costumbres”; y segunda, que es difícil apreciar con exactitud las facultades morales y el desarrollo intelectual de naciones poderosas sumidas desde hace siglos en el abatimiento a causa de una larga opresión. Las reglas que estas declaraciones encierran sirven muy bien para medir el valor de los asertos y juicios de Humboldt acerca de la idiosincrasia indígena; para medir los de él y los de cualquiera, porque a todas luces son reglas obligadas para quienes revisen críticamente esa clase de pronunciamientos y dictámenes.

Los rasgos con que Humboldt traza su imagen de los indios habían sido muy reproducidos en composiciones semejantes. La mayoría de esos rasgos conciernen a la manera de ser: los indios son frugales, indolentes, graves, severos, silenciosos o callados, tristes, reservados, imperturbables o flemáticos, pacientes y sufridos. Algunos otros rasgos atañen a la situación o al estado actual: los indios están embrutecidos, viven en la ignorancia más completa y arrastran una existencia miserable. Varios rasgos, por último, tocan a las aptitudes e inclinaciones: los indios aprenden y discurren con facilidad y tienen gran afición a las artes y mucha habilidad para su cultivo, pero les falta imaginación y originalidad; sienten sumo amor por todo lo suyo —su tierra, su comunidad, su hogar, sus costumbres, etc.—; plácenles mucho las flores, y son muy dados a la bebida, achaque éste que se agrava por la falta de control sobre sí mismos cuando se entregan a ella.

No cabe duda que Humboldt pintó este cuadro valiéndose más de las pautas y colores ajenos que de los propios; su breve estancia en México y el escaso trato que con los indios tuvo no pudieron permitirle otra cosa. El autor de quien más tomó prestado fue muy probablemente Clavijero, cuya primera edición de su *Historia antigua de México*, aparecida en 1780, le ofrecía un compacto y enjundioso capítulo sobre el carácter

de los mexicanos y demás naciones de Anáhuac. Pero el retrato pintado por Alejandro no favorece tanto a los indios como el compuesto por el eximio jesuita novohispano. En algunos aspectos importantes, Humboldt prefirió sumarse a la opinión común o dominante en la Colonia, opinión que acentuaba todo lo posible los tintes sombríos del rostro indígena. Uno de los tópicos corrientes a que se adhirió fue el de la imputación de indolencia a los aborígenes. En más de un lugar del *Ensayo político* dirá que los indios son indolentes por carácter, si bien mitigará su aseveración atribuyendo también esa cualidad, en buena parte, a la influencia del trópico —la benignidad del clima y la fecundidad del suelo— y al régimen de dominación bajo el cual vivían. Aquel aserto general parece hallarse sin embargo en contradicción con lo expresado por su emisor al tratar de la salud de los mineros, pues en esta ocasión loa el trabajo realizado por los mestizos y los indios mexicanos y afirma sin ambages “que el aspecto de estos hombres laboriosos y robustos habría hecho cambiar de opinión a los Raynal y los Paw y a los muchos autores. . . que se han complacido en declamar acerca de la degeneración de nuestra especie en la zona tórrida”. Clavijero, al contrario que Humboldt, no transige, ni aun atenuado, con el tópico de la indolencia de los indígenas mexicanos. “Su desinterés y su poco amor a los españoles —asegura— les hace rehusar el trabajo a que éstos los obligan, y esta es la decantada pereza de los americanos; sin embargo, no hay gente en aquel reino que trabaje más, ni cuyo trabajo sea más útil ni más necesario.”

Otro tópico muy manido de la época colonial acepta además Humboldt: el de la falta de imaginación y originalidad de los indios. A la admisión de lo primero —la falta de imaginación— le pone el paracaídas de la reserva en el acierto por la insegura base del juicio. Con la aceptación de lo segundo —la carencia de originalidad—, no ocurre lo mismo; repite de manera muy categórica lo que seguramente escuchó de muchos labios mientras permaneció en la Nueva España: que los indios eran serviles imitadores de los modelos introducidos de Europa. También Clavijero había salido al paso de esta especie, rebatiéndola. En el texto de su renombrada obra his-

tórica dirá: “muchos, concediendo a los mexicanos una gran habilidad para la imitación, se la niegan para la invención; error vulgar que se ve desmentido en la historia antigua de la nación”. Y en nota añadirá: “Las artes que ejercían los mexicanos, especialmente en obras de fundición y de mosaico de pluma, convencen que su genio no es tan infeliz para la invención como se piensa.”

COMO HUMBOLDT no fue amigo de dejar los cabos sueltos, enlazó su imagen o visión actual de los indios mexicanos con el pasado de éstos, integrando un conjunto interpretativo-explicativo que constituye una verdadera concepción histórica global del mundo indígena mexicano. Y como era también muy dado a rebasar el presente, proyectó esa imagen hacia el futuro, señalando y pregonando su ineludible gravitación sobre los destinos nacionales. De ahí la nueva importancia que cobra dicha visión humboldtiana. Si en sí ya la tenía, ¿cuánta no adquirirá unida a los otros tramos del desarrollo temporal? Con ellos conectada, nos la explicaremos mejor y nos será posible además seguir el curso y arrancar la significación al pensamiento histórico-interpretativo de Humboldt.

Para conocer a los indígenas de la Nueva España sería necesario remontarse a la antigua época en que, gobernada por sus leyes, la nación podía desplegar su propia energía, sería necesario consultar las pinturas jeroglíficas, las construcciones de piedra tallada y las obras escultóricas que se han conservado hasta nuestros días. Con estas palabras indica Alejandro por dónde se debe comenzar, y por ahí empieza él en efecto, el discurso histórico. Sólo que el estudio de las antigüedades mexicanas no lo incluye en el *Ensayo*, sino en otra larga obra que intituló *Sitios de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. En el punto de partida tenemos pues un pueblo poderoso, con gobierno propio y cultura muy avanzada en algunos aspectos (Los conceptos que aquí empleo son del mismo Humboldt). Pero, como él añadirá en otro lugar, la situación de las clases inferiores era sumamente aflictiva; se hallaban en ese estado de abyección y pobreza que acompaña en todas partes al despotismo y el feudalismo: el

emperador, los príncipes, la nobleza y la clerecía eran los únicos poseedores de las tierras más fértiles; los gobernadores de las provincias se permitían impunemente las exacciones más exorbitantes; el labrador era un ser despreciable; en las calzadas pululaban los mendigos, y la falta de grandes cuadrúpedos domésticos forzaba a miles de indios a convertirse en bestias de carga.

¿Qué ocurre con esas naciones y su cultura después de la conquista española? La respuesta viene a constituir la segunda etapa o fase, sita todavía en el pasado, de la interpretación histórica humboldtiana. Después de la conquista, o durante ella —contesta nuestro autor—, fueron aniquiladas las aristocracias dirigentes y borrada la antigua cultura: los indios más instruidos, que eran los de mejor posición, perecieron en gran parte, víctimas de la ferocidad de los europeos; el fanatismo cristiano se ensañó sobre todo con los sacerdotes aztecas y fueron exterminados los *Teopixqui* o ministros de la divinidad y todos los que habitaban los *Teocalli* o casas de Dios, los cuales eran depositarios de los conocimientos históricos, mitológicos y astronómicos; los frailes hicieron quemar las pinturas jeroglíficas mediante las cuales eran transmitidas, de generación en generación, nociones de todo género. Dos consecuencias obligadas traería toda esta obra de aniquilamiento y demolición: la supervivencia sólo de los indígenas más pobres e incultos y la caída del pueblo, privado de los medios de instrucción, en la ignorancia. A este desolador retablo adosa Humboldt el no menos desolador de los resultados de la dominación española. ¿Cómo es posible esperar cambios favorables a los indígenas, se pregunta, si han de vivir aislados en sus pueblos, si la diferencia de los idiomas levanta una barrera infranqueable entre ellos y los blancos, si son oprimidos por los magistrados, y si, en fin, sólo pueden esperar su perfeccionamiento moral y civil de unos hombres que les hablan de misterios, dogmas y ceremonias cuyo alcance ignoran, pues los nativos no han llegado a conocer de la religión católica más que las formas exteriores del culto?

Entra ahora en juego, como tercera fase, la actual, o sea la correspondiente al momento en que Alejandro visitó México.

Abarca ella, en el discurso humboldtiano, la imagen de los indios antes presentada y su explicación. Huelga casi decir que ésta dimana de la interpretación del pasado indígena antes bosquejada. Los rasgos más lastimosos de la referida imagen, es decir, los referentes a la situación de los indios —embrutecimiento, ignorancia y miseria— son el resultado de las opresiones, abusos y atropellos que sufrieron tanto bajo el antiguo régimen como bajo el español, aunque a éste, salvo en los tiempos más recientes, le sube mucho Humboldt el grado de la participación en tan oprobiosos excesos. Del sistema político hace derivar asimismo en alguna medida, como ya indiqué, la indolencia, que incluye entre los rasgos del carácter indígena. Otras peculiaridades fisonómicas de los indios por él señaladas, a saber, el aguante, la paciencia, la astucia, la imperturbabilidad, ¿no podrían provenir de la actitud que aquéllos tuvieron que adoptar ante sus omnímodos e inexorables opresores? Aunque Humboldt no da respuesta a tal cuestión, y ni siquiera la propone, anda muy cerca de suscitarla, e incluso de insinuar la contestación, cuando dice que los indígenas mexicanos, acostumbrados a una larga esclavitud, sufren pacientemente las vejaciones a las cuales están bastante expuestos aún por parte de los blancos, y no les oponen más que una astucia velada por la apariencia de la apatía y la estupidez más encañosa.

En la cuarta y última fase del discurso humboldtiano, la imagen de los indios mexicanos se vuelve hacia el futuro. La interpretación histórica que ha desembocado en esa imagen se cambia ahora en política, o en consejos y soluciones para el mejoramiento de la colectividad, y en especial de los indígenas. Asiéndose a las reformas recomendadas por Abad y Queipo en la "Representación sobre la inmunidad personal del clero", reformas enderezadas principalmente al beneficio de los indios, propone Humboldt se adopte una radicalísima medida general consistente en establecer la igualdad de derechos y cargas entre las diferentes clases del pueblo. Tal igualdad, niveladora de los distintos grupos sociales, disiparía, a su entender, las amenazadoras nubes que se cernían sobre el porvenir del país. "Ejemplos recientes —advierte— nos enseñan cuán peligroso

es dejar que los indios formen un *status in statu*, perpetuar su aislamiento, la barbarie de sus costumbres, su miseria y, con ello, los motivos de su odio contra las otras razas; esos mismos indios estúpidos, indolentes, y que se dejan fustigar resignadamente a la puerta de la iglesia, se muestran activos, impetuosos y crueles siempre que actúan en masa con ocasión de un motín popular". La imagen del indio acaba por convertirse en espectro, en alma terriblemente reprimida que puede explotar al encenderse, por cualquier accidente, la mecha del odio. Por eso Humboldt, consciente de la enorme trascendencia que tal cuestión tiene, considera que es del mayor interés, incluso para la tranquilidad de los criollos, ocuparse de los indios y sacarlos de su estado actual de barbarie, abyección y miseria; y por igual motivo se cree obligado a cerrar el *Ensayo político* expresando el deseo de que esta obra llegue a inculcar en los dirigentes una verdad importante: "que el bienestar de los blancos está íntimamente ligado al de la raza cobriza, y que no puede haber felicidad durable en las dos Américas mientras esta raza humillada, pero no envilecida, por una larga opresión no llegue a participar en todas las ventajas derivadas de los progresos de la civilización y del perfeccionamiento del orden social".

En ésta, como en otras muchas cosas, Humboldt fue un verdadero profeta. El espectro ha seguido cerniéndose sobre América. Pero su influjo maléfico, que el liberalismo intentó conjurar en vano mediante la aplicación de sus principios, se ha sentido mucho más en el orden de la felicidad que en el de la paz: a nada ha afectado tanto como al desenvolvimiento de la economía y al fraguado de la sociedad.